Ante un Centenario:

Carlos Marx y el Manifiesto Comunista

II

Lo que en realidad da realce a este Centenario, no es la parte teórica de las obras de Marx, sino su realización y cristalización entre los hombres.

Cuadro histórico. El trabajo humano iba a sufrir una profunda transformación. Lo que hasta entonces había sido en gran parte fruto del esfuerzo humano, de la fatiga humana, había de brotar en gran parte con un trabajo fácil, más llevadero, donde un aliado del hombre, la máquina, había de cargar con la carga más pesada de la fatiga. La máquina eliminaría en proporción considerable el esfuerzo del hombre. Claro está que esta transformación había de ser progresiva y que entrañaba en su propia naturaleza un reajuste que no se había de hacer sin una gestación larga y dolorosa. Ni los patronos ni los obreros supieron mirarla con mirada humana y comprensiva, sino que quisieron acoplarla a sus intereses particulares, fuera como fuera. La mayoría de los inventos, anteriores a la época del nacimiento de Marx, tuvieron durante la vida de éste aplicaciones prácticas en escala gigantesca.

Avance colosal. Para conocer el ritmo que en pocos lustros consiguió el maquinismo, bastará recordar algunos datos muy elocuentes.

La máquina de vapor, nacida del genio de Watt en 1769, aumentó la capacidad del trabajo humano con fuerza impulsiva en todo el proceso de las hilanderías y facilitó los traspores a gran distancia y precio módico por medio de locomotoras y vapores.

Ya antes, 1735, Darby había conseguido fabricar el coke y con ello, desterrando el carbón de madera se había perfeccionado el tratamiento de los minerales de hierro y se había llegado a la creación de los altos hornos. En 1767 se hacen los primeros raíles de hierro; en 1779 el primer puente de hierro.

Los precios, al principio elevados, gracias a la cantidad de producción y al perfeccionamiento de sistemas, sufren descensos considerables. La tonelada de acero que en 1850 valía 1.500 frs. con los convertidores Bessemer bajó a 250 frs.

Idénticos datos podrían darse sobre las locomotoras y red de ferrocarriles, líneas de vapores, avances de la Química.... El mundo del trabajo sufría una revolución radical. En la fábrica había penetrado un elemento nuevo con características nuevas; la máquina. Había que estudiar su posición desde diferentes puntos de vista.

Diversas actitudes. Frente a la máquina y sus primeros efectos puede decirse que se formaron tres como partidos.

Guardaba el primero una actitud más bien pasiva e indiferente porque creía que la máquina apenas afectaba el mundo ni las relaciones del trabajo.

Otros en cambio miraban recelosos y hasta se declaraban enemigos acérrimos del maquinismo. Son clásicas las algaradas de Ludd que, con grupos de su partidarios, arrasó en Nottingham los telares de medias. Su ejemplo halló eco entre sus compatriotas y otras naciones. Hechos similares nos ha tocado presenciar con la mecanización del campo, cuando las máquinas segadoras eliminaban de los campos españoles, los ya por tradición célebres segadores. En su furor, quemaron máquinas segadoras, trilladoras, cosechas y cuanto cayó al alcance de su furia.

Finalmente el tercer grupo saludó a la máquina como a aurora de felices tiempos y creyó que ahí estribaba la solución de todos los problemas del trabajo.

Quien estudie el panorama abarcándolo en su amplitud, fácilmente echará de ver que ninguno de los tres grupos enfocaba el problema en su realidad, pero quien más se acercaba a su verdadero alcance era el tercero. Cortando las alas a su exagerado optimismo bien podríamos convenir con ellos en ver en la máquina un colaborador valioso para el alivio y el progreso humano.

Abusos. Tan horribles fueron los abusos, que la máquina inaugura en sus principios una éra de plagas contra el obrero. Los informes que se publicaban durante este tiempo son espeluznantes y tiene razón Noguer en su obra "LA JORNADA DE OCHO HORAS" al afirmar que "la fatiga, la extenuación, el agotamiento por la duración excesiva del trabajo, chuparon la sangre y corroyeron los huesos de la población obrera, hasta el punto de traer a las mientes la maldecida memoria de los baños de Argel o de los ergástulos de Roma".

Las fuentes principales de esos abusos se pueden reducir a seis: insuficiencia en los salarios, exceso en el trabajo, diferentes fraudes y extorsiones, suma inseguridad para el futuro, crueldad con los niños, inmoralidad.

No perdonó ese Moloc a la infancia, antes bien parece que con furor sádico se cebó con ella. El economista inglés Davas, sintetiza así este aspecto: "Crueldad con los niños: horrible, increíble, sin par aun en la historia de la esclavitud pagana; no excepcional, como puede ocurrir en cualquiera organización humana, sino general, normal, materia de negocio y de cálculo. Todo lo cual puede verse en las sobrias páginas de las informaciones parlamentarias, principalmente en las dos famosas de 1842 y 1843 que excitaron el tardío horror de Inglaterra y de Europa".

No era más halagüeña la suerte de las mujeres, si nos atenemos al informe de 1844 del inspector de fábricas de Inglaterra, Sr. Sannders. "Entre las obreras hay mujeres que por muchas semanas consecutivas, con excepción de pocos días, están ocupadas de seis de la mañana a doce de la noche, con menos de dos horas para las comidas; de modo que cinco días a la semana no les quedan sino seis horas diarias de las veinticuatro para salir de casa y volver a descansar en la cama".

Ni se vaya a creer que eran excepción los niños y las mujeres. Todos los trabajadores estaban sujetos al mismo sistema, con atenuantes y variantes impuestas por las circunstancias. Por eso se hace muy verosímil la descripción que el New Monthly Magazine presentaba a sus lectores hablando sobre los artesanos y pobres de Londres. "Lo que primero me admiró, escribe, fue el tamaño diminuto de cuantos me rodeaban. No veía más que hombres chiquitos, endebles, ahilados, enfermos, feos tan poco parecidos a los londinenses de la otra parte de la ciudad, como el japonés con cuatro pies de estatura lo es respecto del gigante americano. El exceso de trabajo y de miseria encorva con anticipada vejez al joven de veinte años, dándole aire de cuarenta; no hallaréis un viejo que no esté mutilado, deformado, que no junte con la decrepitud alguna fealdad repugnante; no son más que jibosos con espaldas redondas,monstruos con las piernas arqueadas y los brazos largos, hombres, cuya cabeza hundida en el pecho largo tiempo, ha conservado esta posición oblicua; tal es el resultado de una vida de trabajo. Estos infelices han quedado encorvados sobre el telar de la seda, verdadero potro de tormento que apenas las da pan y los aja desde sus primeros años".

Nadie vaya a creer que sean estos testimonios, hijos de imaginaciones calenturientas o engendros literarios de algunos émulos de Dante en su Infierno. Son tantos los documentos, tantas la coincidencias y los datos concretos que no se puede racionalmente más que doblegarse ante la cruel realidad. Pasan los lustros y en 1860, exclamaba indignado el Sr. Broughton magistrado de condado, en una Asamblea de Nottimgham: "Qué ha de pensarse de una ciudad que celebra un congreso para pedir la reducción del trabajo de los adultos a diez y ocho horas?.... Declamamos contra los plantadores de Virginia y de las Carolinas; ¿pero acaso su mercado de negros, con todas las atrocidades del látigo y de la carne humana, es más abominable que esta lenta degollación de hombres para fabricar velos y cuellos de camisa en provecho de los capitalistas?"...

No cabe duda que Inglaterra, la primera en lanzarse a la mecanización, ocupó también el primer puesto en inaugurar una era de torturas para el trabajador. Da la impresión de que el frío cálculo sajón ahogaba los impulsos naturales del corazón y es triste ver en esta menguada tarea, no sólo a hombres vulgares, víctimas de rastrera avaricia, sino a Ministros de la talla de Guillermo Pitt. El ejemplo venía de arriba y se impo-

nía con mano de hierro. No debió sudar mucho Engels para recoger el material de su libro: **"La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra"**, ya que la cosecha era tan abundante por el Reino Unido.

Amplitud de la catástrofe. Para darnos idea, algún tanto aproximada de la cantidad de víctimas en ese potro de trabajo, recordemos que aun antes de la época del vapor, en 1788 había en Inglaterra y Escocia 142 fábricas, en las cuales, sólo en hilar algodón, se ocupaban además de 26.000 hombres, 35.000 niños y 31.000 mujeres. En el tejido, estampado trabajaban 133.000 hombres, 48.000 niños y 59.000 mujeres.

Nadie puede arrebatarle a Inglaterra esa triste supremacía, pero por desgracia no estaba sola; tenía quien la imitase. El informe de Millermé en 1840, respecto la situación de los obreros de Francia, es aterrador. La duración diaria del trabajo en las hilanderías era ordinariamente de trece a catorce horas, tanto para los niños como para los adultos". "Hay en Francia hilandería que detienen a los operarios diez y siete horas cada día y los únicos momentos de reposo son media hora para el desayuno y una para el almuerzo, lo cual deja quince horas y media de trabajo efectivo". "Hay manufacturas, bien que en poco número, donde se trabaja todos los días veinticuatro horas seguidas. En tal caso se forman dos tandas de operarios, que ordinariamente alternan una semana de día y otra de noche". "Una información hecha en talleres pequeños demostró que había niños sometidos a un trabajo de diez y ocho horas".

Cuadros idénticos los encontramos en esa epoca en Rusia, Alemania, Austria, Bélgica, Holanda, Italia..... Hasta en los Estados Unidos que en la segunda mitad del siglo XIX se hallaba en los primeros escarceos de la industria, tenemos ejemplos dignos de las naciones europeas: también allí se puede entretejer una Antología de espantosas crueldades humanas. Basta leer este párrafo escrito en 1855, por un escritor chileno, a raíz de un viaje por la América del Norte. "No es necesario penetrar el secreto de la vida doméstica ni llegar al interior de la familia para conocer la situación infeliz a que viven sometidos los esclavos de Norte América. Ellos soportan los trabajos más pesados, sin recibir género alguno de alivio que se los haga llevaderos; a la voz de un mayordomo, encargado de dirigir la faena, se levantan antes del día; ni el frío penetrante del invierno ni el calor que sofoca en el verano, ni la debilidad de fuerzas propias de la niñez ni la flaqueza de la ancianidad influirán para que la tarea que se les señale sea mayor o menor. Estas se han de hacer sean las que fueren sus dimensiones y sea la que fuese la estación. Los azotes, el cepo, la prisión, la abstinencia de los alimentos son los paréntesis ordinarios de esta manera de vivir, como penas que se aplican para castigar faltas involuntarias muchas veces. El alimento más vil los recrea en los momentos de reposo y alguna vez el silencio de la noche viene a ser interrumpido por el triste son de una flauta....."

Pero dejemos a un lado estos cuadros que dan materia inagotable y sigamos adelante.

Reacción.— El ambiente estaba saturado con estos hechos; no era necesario buscarlos. Sin querer se tropezaba con ellos, a todas horas; en todas partes. Si no se sentía muchas veces el rugido del dolor, el grito de la protesta o el estallido de la indginación, era porque la presión externa los ahogaba; pero el volcán en su interior estaba en roja ignición. Ya se iban formando grupos; ya se iba sintiendo con la comunidad de la desgracia la comunidad de la causa. Era necesario una especie de Espartaco que en el orden ideológico, organizativo y ejecutivo, lanzara a las masas a sacudir tan pesado yugo. Esa tarea fué obra, sobre todo de Marx. Así nació el Manifiesto Comunista. Sin entrar en el análisis del documento que lo reservamos para otro artículo, gran parte de esos éxitos deben anotarse en su haber los capitalistas y la indolencia de los católicos, sordos a las normas de la doctrina social católica.

Marx podría responder lo mismo que Jaurés. Ante el éxito de sus discursos y el frenesí sin límites que provocaba en sus auditorios, repetía el socialista francés a cuantos le preguntaban: "El mérito no es mío; el capitalismo sin entrañas, con su avaricia, es el verdugo más cruel del trabajador. Yo les anuncio la libertad; les aseguro la eliminación del verdugo y con él la miseria. El capitalismo seca el campo y lo trans-

forma en un pajonal. Mi tarea se reduce a prender el fósforo y apenas soplar; esa es la génesis y el desarrollo del incendio".

El éxito del marxismo radica sobre todo en las torpezas egoistas de los capitalistas. Quienes a veces más furiosamente lo atacan, son, consciente o inconscientemente, sus mejores propagandistas, por ser con su avaricia, los creadores de la miseria. Quienes dan grandes sumas para combatirlo, no siempre procenden por generosos ideales de sistema, ni por nobles sentimientos de corazón, sino por tortuoso egoísmo. Tratan de crear artificialmente un ambiente hostil a las justas reclamaciones del trabajador y a fin de cuentas, la **suma tan generosamente donada,** viene a ser un capital con intereses bien redondeados.

No todo el que se enfrenta al marxismo es espiritualista. Tan materialista puede ser el capitalismo como lo es el marxismo. Ni todo el que ataca al comunismo defiende la justicia sino tal vez intereses personales que no pueden conjugarse con los postulados de esa virtud moral.

El marxismo, aunque lo creamos en un tanto por ciento artificial, es de hecho una enfermedad social, real, provocada por la injusticia con su secuela de miseria y enfermedades. Ante la prolongación del malestar, el enfermo se inquieta, grita, se agrava y llega a tal punto de enfermedad, que agotados los recursos ordinarios, se impone la operación o una amputación. Ahí está Rusia.

VICTOR IRIARTE.

Albores de la "Lucha Final"

La lucha a muerte, entablada entre la burguesía y el proletariado es, según los marxistas, una lucha final. A la victoria de los proletarios seguirá la paz del paraíso en una sociedad sin clases.

El comienzo, por decirlo así, oficial y reconocido, de esta lucha escatológica, lo podríamos fijar en aquel año característico de la vida europea, que fué el 1848. Hace un siglo, en efecto, y casi simultáneamente se dieron el anuncio de la lucha en el "Manifiesto Comunista" y el primer choque violento en las calles de París.

Revolución política

La revolución de febrero fué sin duda una revolución política, capitaneada por burgueses liberales que, con la implantación de la república, aspiraban a dar al país todos los derechos inherentes a la "soberanía popular". Pero la participación entusiasta de las masas obreras, que exigían no sólo el sufragio universal y la república, sino también el "derecho al trabajo", confirió a la revuelta una fisonomía social no muy del agrado de la mayor parte de los revolucionarios burgueses. No era, sin embargo, todavía el odio de clase el animador del pueblo, sino más bien un sentimentalismo romántico y humanitario de fraternidad universal, aureolado de un cristianismo puramente social, sin iglesia y sin dogmas, que veía en la futura sociedad la realización del Reino de Dios, y honraba a Jesucristo como al primer socialista.

De la revolución surgió una república democrática, en cuyo primer Gobierno provisional entraron a tomar parte dos ministros sin cartera como representantes de los trabajadores, Albert y Blanc. Dos jefes populares que, según Proudhon, pretendieron ser las industriosas abejas de la revolución; pero que, por obra y malicia de los burgueses, no fueron más que unas inútiles cigarras...

Reformas sociales

¿Qué hizo, en efecto, el Gobierno de aquella tan cacareada "organización del trabajo" que se había prometido al pueblo en los años anteriores a la revolución? Balmes, que en los últimos meses de su vida siguió con apasionada ansiedad los acontecimientos franceses, escribió que "organizar el trabajo... consiste en la alteración de las actuales relaciones entre el capital y el trabajo hecha en beneficio del trabajador". Naturalmente, el Gobierno francés ni pudo ni quiso pensar en semejantes alteraciones.